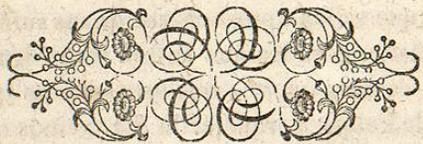


cía, que los consuelos ó las desolaciones de sus hijos sean permanentes; ha querido en su misericordia que se sucedan unas á otras, y hagan de su vida un tejido de admirable variedad. Guardémonos, pues, de huir de las cruces que su providencia nos envía, no nos atraigamos otras mas pesadas: el partido mas prudente, es hacer de la necesidad virtud; por lo demas, contentémonos con sufrir las tribulaciones que él nos envía, y no pidamos otras mayores: él conoce bien nuestras necesidades y sabe proporcionar á nuestras fuerzas los remedios que emplea para curarnos.”



CAPITULO XXV.

Constancia de Felipe en caminar por el sendero que se habia propuesto. Sus doctrinas sobre esta materia.

DESDE muy temprano llegó á entender Felipe, que para dar feliz cima á cualquiera empresa, es necesario trabajar con teson y perseverancia, y que ninguna obra grandiosa se consumará sin que el que la acometa sea constante. Por eso desde que Dios le dió á conocer que le queria en Roma, para que trabajase por la salvacion de las almas, no proyectó ni pensó ya en otra cosa, y nunca podrá admirarse demasiado que en el dilatado espacio de sesenta años que vivió en aquella ciudad, jamás puso sus piés fuera de su territorio. Todas las tentativas de

sus parientes para comprometerlo á que los fuese á ver á Florencia, lo mismo que las frecuentes invitaciones de sus mas íntimos amigos, fracasaron con su espíritu de estabilidad. Jamás se vió un sacerdote mas entregado exclusivamente á su ministerio. Todo el dia, ménos aquellas horas que reservaba á la oracion y á piadosas lecturas, lo empleaba en confesar, anunciar la divina palabra, visitar enfermos é iglesias, é instruir y dirigir á los que aspiraban á la perfeccion.

Al establecer su congregacion del Oratorio, no permitió que ella se ocupase mas que de la oracion, de administrar los santos sacramentos y de predicar. Decía que si se hacen muchas cosas á un mismo tiempo, se perjudican unas á otras, y que un artesano que no tiene mas que un solo oficio, le desempeña con mucha mas perfeccion, si se dedica exclusivamente á él. Por lo mismo no se cansaba de decir á sus padres: “Nada vale trabajar por capricho ó humorada; se necesita ademas, fervor en nuestras operaciones; porque la corona solo ceñirá las sienes del que perseverare.” Por otra parte, como hombre prudente, prevenía el otro extremo, y para precaver de él á los suyos, les encargaba la discrecion. “Todas las virtudes, les decía, tienen necesidad de la moderacion: un paso demasiado violento en la vida espiritual, es desde luego inútil, porque nadie se hace santo en tres dias; y ademas, esta inconsideracion nos espone á mil peligros:

quiero mas una poca de lentitud, que demasiada precipitacion; porque es mas fácil hacer que corra un corcel que va despacio, que detener en su impetuosa carrera á otro que se ha desbocado. Guardaos, les decía, de ocuparos de tal suerte de los medios que olvideis el fin. Acontece muchísimas veces, que los que se dedican á macestrar su cuerpo, se olvidan de trabajar en someter su espíritu; y sin embargo, esto es lo principal; porque la mortificacion interior es el fin, y la exterior no es mas que un medio. Cada uno debe apreciar sus ejercicios espirituales, pero no los ha de adoptar, sino con suma prudencia. Muchas personas se cargan de tantas oraciones y prácticas devotas, que á la larga las dejan, ó las desempeñan maquinalmente y sin fervor; por lo mismo, vale mas contentarse con poco, con tal que se haga bien. Nunca podré recomendaros demasiado la fidelidad en aquellos ejercicios que con toda prudencia hallais electo y determinado practicar. Si el demonio llega á conseguir que falteis á ellos sin razon suficiente para ello, os sugerirá mil pretextos para que multipliqueis vuestras infracciones, y acabará por haceros abandonarlos completamente.” Los exhortaba tambien á que renovasen con frecuencia las resoluciones que habian tomado cuando entraron á la vida espiritual, sin dejarse amedrentar por las tentaciones. “¿Sabéis porqué, les decía, permite Dios que tal alma sea tentada fuertemente contra tal virtud? Para que

la adquiriera en sumo grado. Y no me digáis, añadia, que teniais mas fervor cuando comenzasteis á servir á Dios, que al presente. Las gracias sensibles son necesarias á los que empiezan; pero luego que Dios los tiene ya prendidos en sus amorosos lazos, los prueba para purificar sus corazones y afirmar su virtud. Si os manteneis firmes en la tentacion, estad seguros que no tardará en consolaros." Para hacer comprender mejor esta doctrina, descendia á las explicaciones siguientes.

Puede decirse que hay tres grados diferentes en la vida espiritual, la sensitiva, la racional, y la angelical. El primero es propio de los que comienzan, á quienes Dios alhaga con delicias sensibles, para conducirlos á vivir espiritualmente. El segundo es de los que van progresando, y privados de las dulzuras, declaran guerra abierta á sus defectos por amor de la virtud. El tercero pertenece á los que habiendo vencido sus pasiones, despues de crudos combates, gozan de las dulzuras de la paz, y llegan á una vida casi semejante á la de los ángeles del cielo. El bienaventurado padre, queria que sus discípulos salvarsen el primer grado, y se afirmasen bien en el segundo, para que pudiesen merecer llegar al tercero.

Indicaba á sus jóvenes seglares, como medios de perseverancia, la fuga de malas compañías, la amistad de hombres virtuosos, y la frecuencia de sacramentos. Dábale sumo placer verlos fervorosos; pero nunca confiaba de ellos enteramente.

De aquí es que cuando le venian á decir que alguno adelantaba rápidamente en la virtud, respondia: "Aguardad á que sus alas se arraiguen bien, para que veáis hácia donde dirige su vuelo." Los exhortaba eficazmente á que todos los dias asistiesen al santo sacrificio de la misa, á no emprender nada sin implorar ántes la proteccion de la siempre augusta Madre de Dios, y no dejar pasar un solo dia, sin pedir á Dios el precioso don de la perseverancia.

Cuando notaba que alguno de ellos era llamado al estado religioso, cuidaba mucho de mortificar su amor propio, y de acostumbrarlo á quebrantar su voluntad. No dejó esta conducta de parecer á muchos un poco dura; pero despues confesaron que si el padre no la hubiera observado, no habrian perseverado en su vocacion. Uno de ellos, que se hizo capuchino, vino á verle un dia; y despues de besarle la mano con una demostracion de gratitud, le dijo: "¡Qué poca cosa eran padre mio, las pruebas á que me sujetásteis en otro tiempo, comparadas con las que he venido á encontrar en la religion! y sin embargo, es cierto que á aquellas debo haber podido soportar estas. Sin el noviciado que vos me hicisteis hacer, no seria yo hoy hijo de San Francisco."

Muchos jóvenes religiosos que anhelaban por la perfeccion, y pertenecian á algunas órdenes que habian aflojado en la observancia de su primitivo instituto, consultaron al santo acerca de

los deseos que tenían de pasar á otras órdenes mas observantes. “No soy de ese parecer, les respondió el prudente director, porque os basta cumplir con vuestras obligaciones, y tal vez Dios se servirá de vosotros para reformar insensiblemente vuestros conventos.” En general, no le gustaba que los religiosos cambiasen de estado, aun cuando fuera para pasar á otro mas perfecto. “Esas ideas, decía, las sugiere frecuentemente el demonio, transformado en ángel de luz, y envidioso del bien que hacen ciertos religiosos de una virtud comun, haciéndoles dejar su estado, por correr tras de otro que les parece mejor y que no les conviene.”

Pero no era solamente respecto de los religiosos de quienes exigia constancia: tambien la recomendaba á todos los estados, y á todas las condiciones. Llamando el príncipe á su corte á Maximiano Burgo, no consintió en ir, sino bajo la condicion que no se habia de encargar de ninguna funcion que fuese inconciliable con sus ejercicios espirituales. No fué respetado este convenio por el príncipe, y Maximiano resolvió separarse de la corte: pero ántes de tomar este partido, creyó debia consultar con su antiguo director, quien no aprobó su determinacion, diciéndole: “Es cierto que esta privacion es una cruz; pero no sea que por evitarla, vayais á dar con otra mas penosa. Creedme, hijo mio, hareis bien en llevarla por amor de Dios.” El jóven prome-

tió obedecer; pero llevado de otros consejos, no tardó en dejar su puesto, lo que fué para él una verdadera desgracia, porque no pudo encontrar en lo sucesivo donde colocarse, y pasó una vida miserable.

Hacia ya cuatro años que habia entrado á la congregacion un jóven de bello natural, y que prometía esperanzas muy lisongeras; pero su salud llegó á alterarse gravemente. Algunos de sus amigos le aconsejaron que fuera á respirar el aire natal; mas el santo padre no fué de este parecer. Sin embargo, tanto le instó el jóven, que al fin le dejó partir, permitiendo que fuera con él uno de sus compañeros, expresándose de esta suerte al tiempo de su marcha: “De dos que se van, solo uno volverá.” Volvió en efecto el compañero al tiempo prefijado; pero el otro jóven no pudo resolverse á alejarse de su familia. Consternado Felipe de la ceguedad de su discípulo, le escribió del modo mas insinuante para hacerle volver á su vocacion; pero todo fué inútil: detenido por la carne y sangre, le contestó que renunciaba á vivir en la congregacion. Otros muchos experimentaron la misma suerte por haber sido como él, indóciles á los consejos de este ilustre maestro. ¡Qué peligroso es ciertamente querer conducirse uno por su propio juicio en lo concerniente á la salvacion eterna!

Estaba tan persuadido nuestro santo, que Dios exige de cada uno que sea constante en el estado en que se le ha puesto, que aun el motivo de un

bien mayor no influa nada sobre su espíritu. No puede esto probarse mejor que refiriendo su respuesta á San Carlos Borromeo, que le pedia le diese á Baronio. “He leído en algun lugar, porque en esto no puedo hablar por propia experiencia, que el que no está dispuesto á creerse culpado en aquello mismo que imagina ser inocente, no merece llamarse hombre espiritual. Con mucha mas razon debe obrarse de esta manera cuando se tiene alguna duda, y yo debo ciertamente estar dudoso de mi conviccion, Illmo. Sr., en un caso en que vuestro modo de pensar es tan diferente al mio. Yo me echo á los piés de vuestra eminencia, y le suplico me obtenga de Dios, que me dé á conocer lo errado de mi juicio, y lo incline enteramente al yugo de la obediencia. Esto es lo que me hace dilatar la respuesta á vuestra solicitud; y esto lo que me ha impedido tambien daros, antes de que salieseis de casa, una prueba de mi respeto y rendimiento. Contrariar el deseo de vuestra eminencia, hubiera sido para mí una cosa insoportable; y por otra parte, yo no podia, ni puedo ahora, daros á Baronio, una de las mas firmes columnas de nuestra congregacion. Dios sabe cuánto os amo, y tambien cuánto me cuesta dejar de complaceros. ¡Ojalá y me fuera posible sostener por mí solo el peso de nuestro ministerio! no me veria entónces en la triste necesidad de oponer mis ideas á vuestros designios por la gloria de Dios. Vos me decís, Illmo. Sr., que se me

acusa de sensualidad; y si yo pudiera hacer á un lado el respeto que os debo, os diria que tambien á vos se os acusa de otra cosa: de robo, ¿lo creereis? Sí, Illmo. Sr., de robo: y si fuere preciso citar testigos, yo citaré á los señores obispos de Verceil y de Armini, y ellos declararán que siempre que encontráis un buen sugeto que no os pertenece, os lo usurpais, despojando así al altar ageno por adornar el vuestro. No debia hablaros de esta suerte: però ¿qué quereis que haga? *Amicus Sócrates, amicus Plato, magis amica veritas.*” Parece que el cardenal, en defecto de Baronio, quiso llevarse á otro de sus padres, y el santo le respondió: “Que era grande su embarazo, porque los jóvenes, ocupados únicamente de su estudio, no estan aún aptos para nada, y los ancianos son á éstos indispensablemente necesarios.”

Concluyó, en fin, suplicando al santo prelado, que dejase en paz á sus Oratorianos seguir su vocacion.

